



EL UTILITARISMO DE MANDELA Y LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN

MANDELA'S UTILITARIANISM AND THE STRUGGLE
FOR LIBERTARIANISM

STEPHEN ZUNES

OPENDEMOCRACY.NET, 2013
TRANSLATION: ICNC, DECEMBER 2013



TRANSLATOR'S NOTES

El utilitarismo de Mandela y la lucha por la liberación

Por Stephen Zunes

13 de diciembre de 2013

Sobre el autor

Stephen Zunes es profesor de política y coordinador de Estudios del Medio Oriente en la Universidad de San Francisco y es copresidente del consejo asesor académico del Centro Internacional para el Conflicto No Violento

"Mandela fue un gran líder porque reconoció que el movimiento se había convertido en una insurrección civil, una lucha en gran medida no violenta. Un gran líder es aquel que reconoce donde está el movimiento y lo dirige en consecuencia, no alguien que dice: '¡Hazlo a mi manera!'"

En el tiempo transcurrido desde su muerte a los 95 años, las ideas de Nelson Mandela sobre la dirección estratégica de la lucha por la liberación en Sudáfrica se han simplificado en exceso tanto por los defensores de la resistencia no violenta como la resistencia armada por igual. Su liderazgo en el relativamente tranquilo camino para terminar el brutal sistema de apartheid fue realmente crítico, al igual que su liderazgo tres décadas antes en el paso de la resistencia no violenta a la resistencia armada por parte del Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés). Sin embargo, muchos analistas han ignorado en gran medida los eventos críticos en Sudáfrica que tuvieron lugar en el medio, durante sus casi tres décadas en prisión.

Mientras, por principio, Mandela se negó a renunciar a la violencia desde su celda en la cárcel, hasta que el régimen del apartheid mucho más violento hiciera lo mismo, también reconoció los límites de la guerra de guerrillas en un país donde el régimen tenía todas las ventajas a la hora del conflicto armado. Sin embargo, lo moralmente justificable que la lucha armada pudo haber sido en vista de tal brutalidad, esta simplemente no estaba funcionando. De hecho, en los últimos años de su encarcelamiento -al igual que otros líderes del ANC- reconoció que eran las crecientes oleadas de huelgas y boicots, la creación de instituciones paralelas, y otras formas de resistencia no armada del Frente Democrático Unido (UDF, por sus siglas en inglés) y brazo político del ANC, lo que con el tiempo liberará a Sudáfrica del gobierno de la minoría blanca.

Mientras que muchos gobiernos occidentales argumentaron que la influencia supuestamente benévola de capital occidental llevaría a la liberalización y al eventual fin al sistema de apartheid en Sudáfrica, y muchos en la izquierda argumentaron que la liberación vendría sólo a través de la revolución armada, de hecho, fue la resistencia en gran parte sin armas por la mayoría negra y sus partidarios, tanto en Sudáfrica como en el extranjero, lo que resultó decisivo.

La resistencia de la década de 1980 se centró en la no cooperación masiva. Menos de seis meses antes de la liberación de Mandela de la cárcel en febrero de 1990, un editorial en el *Weekly Argus* comentó, "Los poderes de intimidación del Estado han disminuido, la veneración de la ley ha disminuido con la erosión del estado de derecho. Inevitablemente, el allanamiento manso de antaño se ha evaporado y SA es ahora testigo de una campaña abierta, deliberada y organizada de desafío."

Aunque es fácil pensar en el apartheid de Sudáfrica en términos de polarización radical, un modelo que tiende a apoyar la lucha armada como medio de cambio, el alto grado de interdependencia -no obstante las términos injustas impuestas por la minoría blanca en el poder- permitió una mayor latitud a los movimientos no violentos de lo normalmente posible en las sociedades más polarizadas. Alrededor de la mitad de los africanos del país vivía en zonas asignadas a los blancos de Sudáfrica, incluyendo todos los puertos, las principales ciudades, industrias, minas y tierras agrícolas óptimas, al igual que prácticamente todos los mestizos y los asiáticos. La minoría blanca vivía cotidianamente con un alto nivel de dependencia de la mayoría negra, no sólo por su alto nivel de vida, sino por su propia supervivencia. Por tanto, la no cooperación masiva constituye un desafío más directo al sistema de apartheid de lo que fue la violencia.

La abrumadora mayoría numérica de negros sudafricanos hizo particularmente eficaz el uso masivo de la no cooperación cuando comenzaron a movilizarse en grandes números a mediados de la década de 1980. La acción no violenta, a pesar de sus exigencias de disciplina y valentía frente a la represión, permitió la participación de un porcentaje mucho mayor de la población que el ejército guerrillero exiliado del ANC, cuyos cuadros armados rara vez podía penetrar las fronteras fuertemente custodiadas del país.

En contraste, los africanos esencialmente conservadores y religiosos tendían a responder negativamente o simplemente no lo hacían a la violencia revolucionaria. Por ejemplo, el sociólogo Heribert Adam observó una vez cómo los primeros bombardeos de la ANC "cuyo objetivo eran los blancos aterradoras para hacer concesiones, resultó en un fortalecimiento de la maquinaria represiva y el desánimo general de la militancia africana más cercana a la resignada desesperación general que a la determinación a resistir activamente la dominación blanca."

Del mismo modo, el uso de la estrategia guerrillera del brazo armado del ANC y otros actos de violencia solidificaron la opinión blanca, incluso la liberal, en apoyo de acciones represivas por parte del gobierno de la minoría blanca. Una escalada de la lucha armada, a los ojos de la minoría blanca, habría confirmado sus peores estereotipos de los africanos como "salvajes violentos" y alentó a los blancos a resistir amargamente y participar en una represión aún más brutal.

Por el contrario, la acción no violenta dio mucho mayor potencial para crear divisiones entre las élites blancas, tales como la forma de responder mejor a la resistencia, cuánto tiempo para resistir los inevitables cambios exigidos por los revolucionarios, y a qué costo. El cambio de nuevo a la lucha no violenta en la década de 1980 llevó a la opinión blanca lejos de aquellos que buscaban la continua dominación blanca. Aunque la

posibilidad de renunciar a sus privilegios no fue especialmente bien recibida por la mayoría de los blancos, el uso de métodos no violentos por la mayoría negra se tomó como señal de un movimiento menos propenso a participar en represalias contra la minoría blanca en la obtención del poder, lo que hizo posible una mayor disposición a aceptar el gobierno de la mayoría.

Las ventajas de la acción no violenta en ganar aliados iban mucho más allá de los sectores potencialmente iluminados de la minoría blanca de Sudáfrica, en la que también se extendió a la comunidad mundial. La opinión internacional era de importancia crucial. Pese a la condena verbal de su política racial, el mundo industrializado occidental dio a Sudáfrica el apoyo constante a lo largo de los años en la forma de comercio, desarrollo industrial, asistencia tecnológica, influjo de capital, y armas. Sudáfrica no se hubiera convertido en la potencia económica y militar que fue sin la ayuda masiva que recibió desde Occidente durante los más de cuarenta años de régimen del apartheid.

Antes de la imposición de sanciones a mediados de la década de 1980, había más de 13 mil millones de dólares en comercio anual entre Sudáfrica y Occidente, que -combinada con los 30 mil millones de dólares en inversión extranjera- suministró al país de la gran mayoría de productos de primera necesidad como equipo de transporte, equipos eléctricos y maquinaria, tecnología nuclear, instalaciones y servicios de telecomunicaciones, tecnología informática, productos químicos y productos conexos, papel y manufacturas, y otros artículos de primera necesidad para el mantenimiento de Sudáfrica como estado industrializado moderno. Además, Occidente apoyó el régimen de Sudáfrica a través de préstamos pendientes y créditos bancarios por un total de 6.5 mil millones de dólares, muchos de los cuales fueron a entidades de gobierno, sin restricciones.

Cuando el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas amenazó con sanciones y otras medidas punitivas contra Sudáfrica, tres miembros -Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia (debido a sus importantes intereses económicos y políticos)- los vetaron. La resistencia armada del ANC dio a algunas naciones occidentales una excusa para etiquetar al ANC como una "organización terrorista" y bloquear la imposición de sanciones contra el régimen del apartheid. Sin embargo, entre mediados y finales de los años ochenta gracias a las masivas protestas no violentas en estos países por parte de activistas anti apartheid, las naciones más industrializadas impusieron sanciones al régimen de apartheid. Los sindicatos, grupos religiosos, estudiantes y organizaciones de izquierda en solidaridad con el movimiento de resistencia en los municipios de Sudáfrica hicieron imposibles, como de costumbre, los negocios del gobierno del apartheid. Las escenas en los medios de comunicación internacionales de manifestantes negros no violentos siendo atacados a tiros y brutalmente golpeados por las fuerzas gubernamentales intensificaron el apoyo de la opinión popular en la desinversión y las sanciones, lo que desempeñó un papel importante en forzar al gobierno de la minoría blanca a la mesa de negociaciones. Por el contrario, si el principal modo de resistencia era la lucha armada, era poco probable que el mismo nivel de simpatía y de movilización masiva hubiera sido suficiente para hacer que el movimiento de las sanciones tuviera éxito.

En sus últimos años en prisión, Mandela reconoció que los jóvenes activistas de la comunidad, como Mkhuseleli Jack -un líder de UDF que lideró las huelgas, boicots y protestas públicas en el área de Port Elizabeth- eran mucho más importantes en el éxito de la lucha de sus antiguos compañeros del brazo armado del ANC. No fue casualidad que Mandela pidiera a Jack, y no alguien de la vieja guardia que había participado en la resistencia armada, que organizara su primer acto público tras su salida de prisión.

El enfoque de Mandela en la violencia y la no violencia no era ideológico, sino pragmático. El reverendo Allan Boesak, ex líder contra el apartheid, señaló que Mandela no condujo al movimiento lejos de la resistencia armada, "Mandela fue un gran líder porque reconoció que el movimiento se había convertido en una insurrección civil, una lucha en gran medida no violenta. Un gran líder es aquel que reconoce donde está el movimiento y lo dirige en consecuencia, no alguien que dice: '¡Hazlo a mi manera!'"

Mientras que la lucha de Sudáfrica fue más prolongada, más compleja, y no exclusivamente no violenta como algunas otras luchas por democracia lo fueron durante esta época, esta fue una de las más significativas. Se demostró que, incluso en una situación en la que muchos habían renunciado a la acción no violenta, figuras clave en el movimiento de resistencia - incluyendo a Nelson Mandela - reconocerían su poder en la exitosa liberación de su pueblo.